

LA ANTIGUA BIBLIOTECA NACIONAL: ANÉCDOTAS Y VIVENCIAS DE UNA BIBLIOTECARIA



Manuel Obregón Lizano

La Biblioteca Nacional de Costa Rica fue abierta al público en 1890, en los altos del mercado de San José, dotada, apenas, con 4000 volúmenes rescatados de lo que fuera la primera casa de educación superior del país centroamericano, la Universidad de Santo Tomás, la que había sido clausurada unos años antes. (<http://www.letralia.com/197/1020biblioteca.htm>).

Su creador fue el señor Miguel Obregón Lizano, quien tuvo el apoyo del entonces Secretario de Instrucción Pública, don Ricardo Jiménez. Bernabé Quirós Pacheco fue el primer bibliotecario del país¹.

Un tiempo después de terminar mis estudios de secundaria, realicé gestiones para conseguir trabajo. Me di cuenta de que sin mecanografía era difícil conseguir lo que quería: trabajar en una oficina estatal. Así que, sin pensarlo dos veces, ingresé a la Academia de Mecanografía Smith Corona adonde Iluminada –no recuerdo su apellido– me guió por las teclas de la máquina de escribir, con precisión y “rapidez”.

Una vez obtenido el título de mecanógrafa, el paso siguiente era hacer el examen en el Servicio Civil. Quedé elegible para varios puestos, entre ellos –y para mi dicha– en la Biblioteca Nacional, aquel viejo pero majestuoso y señorial edificio, que olía a libros, a papel, a sabiduría y cultura, en donde se desarrollaba tanto el trabajo como la mayor parte de la vida de quienes ahí laborábamos y de los que, asiduamente, visitaban la Biblioteca para realizar trabajos, estudiar o leer los libros que les interesaban.

Fui parte de este maravilloso grupo de trabajo desde el 15 de setiembre de 1963 y hasta el 3 de enero de 1971; esto hace 7 años, 3 meses y 18 días.

Trataré de contar aquí este tiempo vivido en la Antigua Biblioteca Nacional, desde que don Julián Marchena Vallerriestra, su director, me hiciera la entrevista para el puesto.

Gabriela Echandi Albertazzi

Profesional en Bibliotecología
y Administración de Personal.

Ha publicado diversos textos:

“Los hijos del 48”, del libro
Niñas y niños del 48 escriben;
el folleto *Conservación de
alimentos*,

y *Memorias de un inmigrante
italiano*;

Constantino Albertazzi
Albertazzi Clan Isipet.

gabyechandi@hotmail.com



Valeriano Fernández Ferraz



Carlos Gagini



Roberto Brenes Mesén



Joaquín García Monge



José Albertazzi Avendaño



Julián Marchena

En ese tiempo no existía la carrera de Bibliotecología y el personal más antiguo de la Biblioteca impartía el curso que duraba 6 meses. Conformaban un grupo con las personas quienes ingresábamos a trabajar en esa institución y que, además, ya teníamos un tiempo suficiente de hacerlo, para instruirnos en el manejo integral de la Biblioteca. Los profesores, que recuerdo, eran: don Julián, Carmen, Amanda, Hilda y Norma. Para esa época, la Biblioteca pertenecía al Ministerio de Educación, ente que validaba los títulos de Técnicos en Bibliotecología que nos daban al finalizar el curso; título que yo tengo². Cuando se abrió la carrera en la Universidad de Costa Rica, ingresé, y era tan fácil para mí entender lo que nos enseñaban, que iba sobre ruedas pero, por motivos personales, tuve que abandonar los estudios.

Mi trabajo se desarrolló en el Departamento de Catalogación³, que era el encargado de procesar los libros en fichas hechas en máquinas de escribir. Tanto la ficha, como lo que se consignaba en ella, tenían medidas exactas: del borde hacia abajo, 8 espacios, del borde izquierdo hacia adentro, 4 espacios y así sucesivamente con el autor, el título, el número de páginas, la editorial, etc. El libro quedaba totalmente descrito, pues también las ilustraciones se describían en esa tarjeta: fotografías, grabados, cuadros estadísticos, dibujos, entre otros, si eran en color o en blanco y negro. Detrás de la ficha se escribían, en rojo, "los rojos", llamados así por nosotras, pues su verdadero nombre son epígrafes. En ellos se consignaban: título del libro, materia o materias que contenía, los coautores, la editorial y otros.

En el extremo izquierdo de la ficha se encontraba el número de clasificación, que se le asignaba al libro según su materia y que sería lo que permitía a las compañeras de los salones ubicar en los estantes de las Salas de Lectura. Este proceso lo llevaba a cabo la jefe de catalogación, ya que es un trabajo que requiere mucho conocimiento y seguridad al hacerlo, pues una falla puede llevar a perder un libro en los anaqueles. Para esto se usaba el método Dewey. Debajo del número de clasificación se colocaba la inicial del autor y, más abajo, el número del salón para el que iba destinado.

Lo descrito es la "ficha 1.^a", luego vendrían las demás, es decir, el "juego de fichas", que consistía en copiar la ficha primera, pero, por ejemplo, iniciando con el título del libro, otra con cada uno de los coautores –en caso de que los hubiera–, otra con la editorial, etc.; además, otras con cada uno de los epígrafes. Así, un libro se podía encontrar por todas estas formas de descripción.

La tarjeta en que se consignaban todos los datos era de cartón blanco y, en la parte de abajo y al centro, tenía un hueco para fijarse en los ficheros.

Un día, don Julián nos llevó unos papeles que traían pegado otro papel con un párrafo grande con varias mayúsculas y números, para que los copiáramos con nuestra letra manuscrita. Con excepción de la jefe y la subjefe, las demás personas lo hicimos y yo fui la elegida para rotular los libros en el lomo. Eso se hacía de la siguiente manera: se colocaba en la parte baja del lomo una tablita pequeña que tenía cortado un bocado cuadrado, a más o menos 5 cm de la base hacia arriba, lo cual permitía que todos los libros se rotularan a la misma altura, ahí se marcaba con lápiz en el lomo y con un pincel se pintaba con tinta china negra, se dejaba secar. Luego, sentándome en un banco bajo y sosteniendo el libro entre las rodillas, con un marcador caliente en forma de lápiz, sobre una cinta blanca de la que se desprendía la tinta con el calor del lápiz, se procedía a ponerle el número de clasificación, la inicial que le correspondía y la Sala a la que se destinaba. Se rociaba con laca para fijar lo escrito.

Una vez concluido este trabajo, jugaba "naipe" (así lo llamaba yo), pues consistía en ordenar las fichas hechas por las compañeras y que correspondían a los libros rotulados, por orden alfabético y divididas por autor, título y materia. Luego, se entregaban los libros listos y las fichas ordenadas al salón respectivo, en donde las compañeras de las Salas de Lectura se encargaban de colocarlos en los estantes y las fichas en los tarjeteros. Estos eran gavetas del tamaño de la tarjeta con unas varillas de lado a lado, que pasaban por el hueco que tenía la ficha en la base y que servían para sostenerla con seguridad en su lugar.

El desastre era cuando un lector sacaba la varilla y desacomodaba todas las tarjetas de esa gaveta. Y, peor aún, si la gaveta se caía. Por dicha no era habitual que esto pasara.

En una ocasión, recién entrada a mi trabajo, Hilda Moscoa, mi jefe, me dijo: *¿vos te sabés bien el abecedario?*, ¡Claro!, le contesté. *¿Por qué?* Por nada –me dijo– y se sonrió. Unos días después, por un pasillo me topé con Carmen Quirós y, sin yo esperar, me dijo: "L, M..." y se quedó esperando, entendí y seguí: "N, Ñ, O, P,.....Z". Llegué a Catalogación y dije: *"ya sé por qué tenía que saberme el abecedario"*. Y todas soltaron la risa.

El horario de la Biblioteca Nacional era pensado en función de aquellas personas quienes, por razones de trabajo, tenían limitaciones para asistir en horario diurno a hacer trabajos o simplemente para leer. Por ello, las salas de lectura estaban abiertas hasta las nueve de la noche y, para eso, las compañeras, quienes atendían público, tenían horarios alternos.

Uno de los espacios más interesantes era la Sala España⁴, en donde se encontraba el Álbum de Figueroa, manuscrito con ilustraciones del mismo autor, que narra acontecimientos de la Colonia y que es una joya antigua de mucho valor pues, además, tiene un árbol genealógico de las primeras familias que poblaron nuestro país. Era impresionante que esta joya documental sufriera cortaduras en



Personal de la Biblioteca Nacional. De pie, primera a la izquierda, Alicia Albertazzi Herrera. De pie, último a la derecha, Octaviano. Sentado, al centro, José Albertazzi Avendaño.



Marco Tulio Zeledón



varias ramas de ese árbol genealógico, por individuos quienes no querían que se supiera de sus orígenes.

El fichero de Blen, como lo llamábamos, fue hecho por don Adolfo Blen. Yo no lo conocí, pero mi abuelo, José Albertazzi –quien fue director de la Biblioteca– y mi mamá –Alicia Albertazzi, quien trabajó en la Sala de Lectura #1–, sí lo conocieron y, también, fueron compañeros de trabajo de don Adolfo, a quien siempre consideraron como un trabajador excepcional. Este señor recortaba, en cuadrados



Gabriela Echandi e Hilda Moscoa.
Depto. de Catalogación.

simétricos, cualquier papel que cayera en sus manos y, en ellos, reseñaba artículos de periódicos que tuvieran importancia. Ese fichero que él formó estaba guardado en un armario que había en el Departamento de Catalogación. Las fichas estaban ordenadas por fecha. Norma Sancho era la encargada de actualizar el fichero, así que todas las tardes tomaba uno de los grupos y se iba al Salón de Periódicos y ahí buscaba el artículo y lo reseñaba con las nuevas técnicas para ponerlo luego a la disposición del público.

Don Julián Marchena era muy querido por nosotras. Su manera de tratarnos hacía de la vivencia en la Biblioteca una continuación del hogar. Él nos trataba con amabilidad, cariño y se interesaba de lo que nos pasaba y compartía con el personal parte de su tiempo. Por ejemplo, tomaba café en Catalogación.

Detrás de un fichero teníamos una mesita con un cuadro de asbesto, sobre el cual había un calentador de resistencias que hacía maravi-

llas. En los estantes de abajo de dicha mesa se guardaban: el *chorreador* –con su bolsa–, la cafetera, el azúcar y el café, las tazas, platitos, cucharitas, una olla y, tal vez, otros cubiertos.

A las tres en punto llegaba don Julián, y ya alguna de nosotras había chorreado el café de la tarde, y alguno de los conserjes (casi siempre Octaviano –o el *Brujo*, como le llamábamos por ser de Escazú–) nos había traído algo para acompañarlo. Don Julián tomaba el café solo (sin acompañamiento) y sin azúcar.



Departamento de Catalogación y Clasificación: Eugenie Gómez, Norma Sancho (subjefe), Edith López, Zayda Madrigal, Julia Villalobos, Hilda Moscoa (jefe) y Teresita Ureña.



Ana María Sojo (jefe de Periódicos y Revistas), Bera Salazar (Sala 1), Gabriela Echandi, María Lilia Cordero e Hilda Moscoa. Depto. de Catalogación.



Sala de lectura N.º 2.

De vez en cuando se nos ocurría comer algún antojo, por ejemplo, tamales –que una señora (doña Julia) nos llevaba los sábados y que eran riquísimos, y para eso teníamos la olla–; o también comíamos cosas más elaboradas, como gallos de frijoles molidos con chorizo. Alguna llevaba los frijolitos y María Lilia, quien pasaba por la carnicería Camacho, compraba las tortillas (caseras) y el chorizo, el que freíamos desde luego en la ollita y, en la grasa que soltaba, arreglábamos los frijoles. En esas estábamos una tarde cuando don Julián llegó con un norteamericano quien venía a conocer y a retratar la Biblioteca. Todas nos sentamos en nuestros escritorios y nos pusimos a trabajar,



Jardín de Minerva (derecho). Al fondo, la oficina de la Dirección.

pero aquel olorcillo tan apetitoso no se podía disimular. Así nos retrató el señor y, luego, cuando don Julián llegó a tomar su cafecito, nos dijo: *“muchachas, no me hagan esto, había olor a chorizo por todas partes...”*. También contábamos con el chineo de doña María Segreda (doña María), la esposa de don Julián, quien cocinaba delicioso y, a veces, nos llevaba cosas para acompañar el café. Una vez, recién salida al mercado la margarina, le comentamos a él lo ricos que sabían las galletas dulces de panadería con margarina, y lo tomó en serio; unos días después llegó con doña María y una bolsa de galletas, más varias barras de margarina. Ese día comimos a reventar, hasta que se terminó todo. Otras veces, don Julián nos traía repostería de La Marinita, una pulpería en donde vendían cosas típicas deliciosas, como tamal asado, pudín, tamal de maicena, pastelillos de carne, etc. Como él vivía en barrio Amón, siempre se iba a pie para la Biblioteca y pasaba por esos lugares que, para nuestra tristeza, ya no existen.

Cuando fueron instalados los relojes marcadores en las oficinas públicas, don Julián no quiso que



Paseo a Santa Ana: Bera Salazar, Maruja, don Julián Marchena, Gabriela Echanti y Edith López. Atrás, Ana Lucía.

en la Biblioteca colocaran uno. Para eso tenía su control ya establecido: a las siete en punto de la mañana se paraba en la puerta y esperaba la entrada del personal. Daba unos minutillos, y si uno llegaba tarde, mejor ni disculparse, pues no lo aceptaba, simplemente él no contestaba los buenos días y ese día pasaba serio con el infractor. Teníamos tanta conciencia de lo que eso significaba, que nadie



Sala España. Al fondo, la urna donde estaba el Álbum de Figueroa.



Fotografía de Gabriela Echanti, tomada por don Julián Marchena, con una de las puertas que daba acceso al acervo de la Sala N.º 1.



Gabriela, Edith, Hilda, Javier, Sonia, don Julián, Bernarda, Julia, doña María, Norma, Zayda y Marcela.

llegaba tarde. La forma de actuar de don Julián surtía más efecto que un reloj marcador.

No podíamos creer cuando don Julián se tuvo que pensionar; fue fatal para nosotros. Don Marco Tulio Zeledón era Director en algún colegio y quería pensionarse con un puesto en San José; el que había disponible, pues la persona que lo ocupaba tenía la edad para ser pensionado, era el de Director de la Biblioteca Nacional, y así se lo dieron. La rebeldía que se formó entre nosotros fue grande y tuvieron que mandar a un señor de apellido Machado para que calmara los ánimos. Este señor estuvo un tiempo y luego tomó posesión don Marco Tulio, con quien trabajé poco tiempo, pues me fui de bibliotecaria a la Corte Suprema de

Justicia. Don Marco Tulio fue muy amable conmigo.

Además de las bibliotecarias y de las compañeras administrativas, como compañeros conserjes tuve a Octaviano Mora, Carlos Enrique Azofeifa, Rafael Chacón y Javier Abarca. Este último trabajó de conserje por un tiempo, pues don Julián le dio la oportunidad de capacitarse como chofer y siguió en ese empleo con un *pick up* que tenía la Biblioteca y en el cual se repartían libros a las bibliotecas públicas. Además, era quien acompañaba –como chofer– a los directores para la compra de libros, reuniones y otros.

Los libros se compraban en las librerías que existían en ese momento, las que le comunicaban a la Biblioteca la llegada de nuevos ejemplares, nacionales y extranjeros. Carmen Quirós era, creo que siempre, la encargada de comprarlos. Se compraban tanto para la Biblioteca Nacional como para las bibliotecas públicas de provincias y de otros lugares en donde existían. Me acuerdo, con mucho cariño, del proveedor de la Librería Universal, un señor de apellido Chavarría, quien nos conocía muy bien y, cuando necesitábamos, por ejemplo, útiles escolares y libros, siempre decía “es una bibliotecaria, tiene descuento”.

Y no podían faltar varios amores en la Biblioteca: unos cuajaron y otros no pasaron de ser simples ilusiones. A veces, los lectores se enamoraban de las compañeras de los salones de lectura y, entonces, se convertían en asiduos visitantes. Así llegó “al altar” la pareja de María Amelia Meneses y Luis Carlos Arce (quien era un lector). También se formaron parejas entre compañeros quienes llegaron al matrimonio como, por ejemplo, la de Lía (quien fuera la jefe de Catalogación antes de que yo llegara a la Biblioteca) y Javier Abarca, y, también, la de María Eugenia Bermúdez y Jesús Zúñiga (quien trabajó por poco tiempo en la Biblioteca). Asimismo, hubo otros amores más que sacaron lágrimas y cabangas.

Ser bibliotecaria, por lo menos de las de antes, cuando casi todo era manual, es algo que marca para siempre. No es lo mismo como se guardan las cosas con

formación de bibliotecaria, que como las puede guardar una persona por intuición y por orden propio. Las personas quienes tenemos esa formación le buscamos el orden alfabético o cronológico a las cosas, y hasta por afinidad en los colores, etc. Este es un aprendizaje muy enriquecedor y, de cierta manera, muy práctico para lo cotidiano. Siempre recuerdo haber leído una vez la historia de una muchacha bibliotecaria quien invitó a una amiga a su casa y le enseñó que tenía sembradas, en macetas iguales y con germinaciones también iguales, todas las plantas de los condimentos que usaba para cocinar. Su amiga le preguntó: ¿y cómo hacés para saber cuál es cuál? Pues, muy fácil –respondió la bibliotecaria– “están en orden alfabético”.

Escribo este texto con muchas vivencias y recuerdos en el que aún faltan muchas anécdotas y hechos por contar. Lo he querido hacer como un homenaje a aquella Biblioteca Nacional, hoy llamada “La Antigua Biblioteca Nacional”, en donde trabajamos tantas personas que la quisimos y apreciamos en lo que valía. Hoy, las nuevas generaciones, si llegan a saber de ella, solo la conocerán por fotos y en el parqueo en que se convirtió, en el que solo encontrarán la grada de la entrada en donde, casi borrado, se lee: “Biblioteca Nacional”... Es lo único que queda de ella y no han sido capaces de recuperarla, para por lo menos tener algo tácito de la existencia de ese maravilloso monumento, que debió haber sido “MONUMENTO NACIONAL”.



Lo que queda del antiguo edificio de la Biblioteca Nacional.

NOTAS

1. Los directores que tuvo la Biblioteca Nacional hasta el momento en que dejé de ser funcionaria de esta institución fueron: Miguel Obregón Lizano (CREADOR y DIRECTOR, 1888-1890), Bernabé Quirós Pacheco (1890-1899), Máximo Soto Hall (1899-1902), Valeriano Fernández Ferraz (1907-1914), Carlos Gagini Chavarría (1915-1918), Roberto Brenes Mesén (1918-1920), Joaquín García Monge (1920-1936), José Albertazzi Avendaño (1936-1938), Julián Marchena Vallerriestra (1938-1967), Marco Tulio Zeledón Matamoros (1967). Los subdirectores fueron: Adolfo Blen Muñoz (catálogo de Blen) y Carmen Quirós Saborío.
2. A partir de la dirección de don Julián Marchena, en 1938, se inició la formación técnica para el personal de la Biblioteca. La doctora Josefa Sabor, de nacionalidad argentina, dictó cursos de Bibliotecología. La Universidad de Costa Rica creó la carrera de Bibliotecología en 1968. Sin embargo, don Julián Marchena había fundado, el 23 de abril de 1949, la Asociación Costarricense de Bibliotecarios, con lo que convirtió a Costa Rica en el primer país latinoamericano que, antes de tener una escuela de bibliotecología, tuvo una asociación, cuya finalidad fue promover la capacitación y el desarrollo del quehacer bibliotecológico (Solano Murillo, Rosario. (1992). Biblioteca Nacional de Costa Rica. Creación y desarrollo histórico. En: B.ANABAD, XLII, (1992), núm. 3-4).
3. El Departamento de “Cata”, como solíamos llamarlo, lo conformábamos así: Hilda Moscoa Zúñiga, jefe; Norma Sancho, sub-jefe y encargada del fichero de

Blen; María Lilia Rodríguez de Cordero; Teresa Díaz Villalobos; Julia Villalobos Campos; Ángela Vita Rodríguez Piedra, encargada de la sección de Costa Rica, y Gabriela Echandi Albertazzi. Luego se incorporaron Zayda Madrigal, Eugenie Gómez Buonacorsi, Edith López y Teresita Chacón.

Además de las compañeras de Catalogación ya citadas, durante el tiempo que trabajé en la Biblioteca tuve de compañeros y compañeras, en la Dirección: a don Julián Marchena Vallerriestra, como director, y a Carmen Quirós Saborío, como sub-directora. A Haydeé Cortés de Así, como secretaria de la Dirección. A Ana Lucía Jiménez y a Alcira Fallas, como asistentes de la secretaría. En la Hemeroteca, a Ana María Sojo, quien era la encargada, y con ella trabajaba Elsa Soto. En el Departamento de Cambio y Canje (por poco tiempo), tuve de compañero a Édgar Benavides, quien se encargaba de enviar *La Gaceta* a varios lugares (ya que la Biblioteca era quien la distribuía) y, también, recibía las revistas que llegaban. Luego estuvo, en ese departamento, Mayra Rodríguez Rey.

4. Las salas de lectura estaban divididas en Sala N.º 1 y Sala N.º 2. En la N.º 1 trabajaban: María Amelia Meneses, quien era la encargada. Zahyra Paniagua, María Eugenia Bermúdez, Vera Salazar –quien era la encargada de revistas– y luego llegaron María Lilia Cordero –quien se pasó de Catalogación– y Heidy Álvarez.

En la N.º 2 trabajaban: Amanda Castro de Calabró –quien era la encargada– Emma Monge, Margarita Solera, Flor Aguilar y, posteriormente, María Rosa Vargas.

En la Sala España, que era en donde se reunían los representantes de Costa Rica de la Real Academia de la Lengua Española, trabajaban Carmen Navarro y Ana Lucía Jiménez, dos compañeras quienes también desempeñaban otros puestos.